

15 céntimos el número



SEMANARIO ILUSTRADO

Año I.

Barcelona 17 Diciembre de 1892

Núm. 29

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.ª, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



RICARDO WAGNER

SUMARIO

Texto.—Crónica, por B.—El premio gordo, por EMILIA PARDO BAZÁN.—La noche jocosa (poesía), por BALTASAR DE ALCÁZAR.—Parsifal de Ricardo Wagner, traducido directamente del alemán por E. de MIER.—Nuestros grabados.—Mesa revuelta.—Recreos instructivos, por JULIÁN.—Advertencias.

Grabados.—Ricardo Wagner.—Mala noticia, cuadro de G. MANTEGAZZA.

Crónica

EL asunto del canal de Panamá, que se va haciendo famosísimo, produjo la caída del ministerio francés presidido por M. Loubet. Los rumores referentes á haber muerto envenenado el barón Reinach, que tanta parte tuvo en aquella desgraciada especulación, fueron acentuándose en París, circulando junto con noticias absurdas sobre su repentino fallecimiento. En la Cámara fué interpelado el Gobierno respecto de las circunstancias que habían mediado en la muerte del barón, y ante respuestas evasivas de los ministros, M. Brisson presentó una orden del día con la petición de que se verificase la autopsia del cadáver del expresado banquero. M. Loubet no la aceptó en esta forma, sino que quiso que se votara la orden del día pura y simple, la cual fué rechazada por 302 votos contra 209, aprobándose en seguida la propuesta por M. Brisson. Esto significaba la derrota del ministerio, y en efecto, en seguida los ministros anunciaron que iban á presentar sus dimisiones al presidente de la República. Aceptadas éstas, confió á M. Brisson la formación de Ministerio. Habiendo fracasado sus gestiones para constituir uno en que estuvieran representadas todas las fracciones republicanas de la Asamblea, M. Brisson ha renunciado el encargo, que M. Carnot ha confiado á M. Casimiro Perier. Éste fué tan desgraciado como su antecesor; pero por fin M. Carnot pudo reformar el anterior ministerio bajo la presidencia de M. Ribot y reemplazando los ministros de Gracia y Justicia y de Comercio.

Aun concediendo que haya muchas exageraciones y mentiras en cuanto se ha dicho respecto de la muerte del barón judío, no puede menos de reconocerse que se nota en todo el suceso una cierta oscuridad, que da pie á las más terribles suposiciones. Está fuera de duda que el citado personaje manejó el tinglado, conforme suele decirse, en los agios de la sociedad de Panamá, que él fué quien, provisto de cheques, ganó la voluntad y el voto de algunos diputados, y que arbitró recursos ingeniosos para vencer á los que deseaban no comprometerse en el negocio y embolsar al par algunos miles de francos. Fuera el barón, habiendo desaparecido libros y papeles, hacer luz en tales manejos será cosa difícilísima, y de ahí que se crea en la posibilidad de que se le hiciera desaparecer violentamente de la escena. La autopsia lo aclarará: si bien acaso no pueda revelar si el banquero se suicidó por medio del veneno ó si éste le fué propinado por los que tenían interés en que no pudiese declarar cosa alguna. Todo este conjunto de cosas, que descubre el cieno en que se revuelve la actual situación en Francia, ha quebrantado en gran manera el régimen que allí impera, siendo muchas las personas que vuelven otra vez los ojos á la monarquía. Desgraciadamente esta solución no se columbra ni siquiera por los que más ardientemente la desean.

* * *

Francia ha perdido en el cardenal Lavigerie á un prelado insigne, digno de la gratitud del género humano. Monseñor Lavigerie, arzobispo de Argel, de carácter muy resuelto y atrevido, trabajó con gran ahinco para abolir en el África la trata de esclavos, para lo cual recorrió los principales Estados de Europa, predicando en este sentido, organizando asociaciones, procurándose recursos y llegando á crear una especie de guardia que sostuviese por las armas á los misioneros enviados á las distintas comarcas africanas con el expresado intento. Algo consiguió el cardenal Lavigerie, si bien estuvo muy lejos de ver coronados por el éxito sus cristianos esfuerzos. Hace poco tiempo sus declaraciones en favor de la república en Francia promovieron grande alboroto, y sin disputa hubieron de agradecerse los partidarios del actual régimen en dicho país. A las declaraciones de Monseñor Lavigerie se opusieron varios prelados franceses.

* * *

Mucho se ha comentado en los últimos días, sobre todo por la prensa extranjera, lo dicho por el príncipe de Bismark respecto del telegrama de Ems, causa ocasional de la guerra de 1870. El actual canciller Caprivi puso las cosas en su punto en el *Reichstag* ó Congreso de Alemania. Caprivi leyó en la tribuna el texto oficial del expresado telegrama, y del contenido de este célebre documento resulta que Bismark, por el afán que tiene de hacer hablar de su persona, por pasar, aun á costa de una censurable acción, como único autor de la guerra de 1870, se ha alabado indebidamente de haber corregido por su cuenta el telegrama para que estallase aquel conflicto. El telegrama no agravó las cosas poco ni mucho. La verdad es que entonces lo mismo en Berlín que en París se quería la guerra, y que para ambas partes existía el propósito de precipitarla, á fin de que se entablase de nuevo el proceso pendiente desde Sadowa. «El texto del parte telegráfico leído en el *Reichstag* por el actual canciller imperial de Alemania—dice un periódico de Ginebra—muestra las cosas tales como las contó la prensa alemana de aquellos días y tales como las popularizó la caricatura en dicha época. En aquel texto Guillermo I no oculta la mortificación que sentía por la insistencia de Benedetti en obtener una garantía suplementaria que él no podía ni quería dar, y sobre todo por la forma de dicha gestión hecha en un lugar público é interrumpiendo el paseo del rey, quien, al referir la escena á un ministro, le llamó la atención sobre la conveniencia de darla á conocer al pueblo alemán con todas sus circunstancias. Es probable que al hacerlo le diera cuenta cabal del alcance que dicha publicidad podía tener. De manera que cuando Bismark hizo publicar aquella comunicación no agravando, como él dice, sino por el contrario, suavizando sus términos, no hizo otra cosa más que cumplir las órdenes de su señor. Por lo mismo, cuanto se ha escrito referente á la supuesta falsificación, no tiene valor alguno.»

* * *

El señor don Antonio Cánovas del Castillo ha demostrado nuevamente, conforme dijimos el otro día, que es un orador de primer orden, en los discursos que ha pronunciado en las sesiones celebradas por los distintos congresos que ha habido en Madrid con ocasión de las fiestas del Centenario de América. El señor Cánovas tiene la sobriedad de los grandes oradores ingleses, y posee la verdadera

elocuencia, la que se funda en la claridad, profundidad y alcance de objeto, y no en imágenes aparatosas, en períodos de relumbrón y en *clichés* que se repiten por todos los oradores de escasa talla. Uno de los discursos del señor Cánovas que ha llamado especialmente la atención por el interés del asunto, es el que pronunció en la clausura de las sesiones del Congreso militar, en el cual habló de los puntos capitales que se relacionan con el ejército y á la vez con la marcha política de las naciones.

«Sin una constitución militar sólida—dijo con gran tino político—que sea el primer interés y la primera preocupación de cada país, hay que renunciar á toda constitución nacional, porque toda constitución nacional se crea, se engendra, se desarrolla alrededor de la constitución militar.

»Estas han sido siempre, éstas son ahora mis ideas, y repito que no es sólo con aplicación á nuestro país, sino también con aplicación á todos los países que, por su origen y circunstancias, se encuentran en parecidos casos.

»Claro es que nada de esto puede existir, ni siquiera una constitución militar sólida, donde no hay robustez en el país, donde el país no crezca constantemente, donde el trabajo, la industria y la inteligencia no se desarrollen cada día con más fuerza; porque, en último término, la constitución militar es una combinación, una reunión, una acumulación de fuerzas, y los países que tienen esas fuerzas de todo género son aquellos á quienes les es más fácil establecer una robusta constitución militar.»

* *

La cuestión del Ayuntamiento de Madrid, otra de las batallas en el día, produjo la dimisión del ministro de la Gobernación, señor Fernández Villaverde. Entendió el señor Cánovas, después de haber estudiado aquel asunto, que la información abierta no arrojaba suficientes motivos legales para decretar la suspensión del Ayuntamiento de la Corte, opinando que sólo puede hacerse esto en el caso de que todos los partidos políticos estuviesen de acuerdo para formar un nuevo cabildo con personas de reputación irreproachable, pertenecientes á todos los partidos, y que no pudiendo hacerse esto, el resultado sería un ayuntamiento peor, conforme lo había probado la experiencia. El señor Fernández Villaverde insistió en pedir la suspensión, pero como todos los demás ministros se pusieron al lado del presidente, no le quedó más recurso que presentar su dimisión, que le fué admitida. Fué nombrado en seguida ministro de la Gobernación el señor Danvila, primer vicepresidente del Congreso, y, como es de suponer, circularon al instante rumores de que presentaban también la renuncia el señor Dato, subsecretario de aquel ministerio, que llevó á cabo la información, y el alcalde de Madrid, señor marqués de Cubas, que debía su nombramiento al ministro cesante, y que hubo de considerar todo lo sucedido como una derrota de aquél y una censura más ó menos clara de su conducta en la cuestión del Ayuntamiento, y, por tanto, de la de aquellos también que se habían colocado frente á frente del antiguo alcalde señor Bosch y Fustegueras y de los concejales. Llevada esta cuestión al Parlamento, se pusieron de manifiesto las divisiones que existían, más ó menos latentes, en el seno del partido conservador, lo que obligó al señor Cánovas á presentar la dimisión del ministerio y aconsejar á la Reina la llamada de los liberales al poder, consejo que siguió la augusta Señora.

B.

El premio gordo

ALLÁ en tiempo de Godoy, el caudal de los Torresnobles de Fuencar se contaba entre los más saneados y poderosos de la monarquía española. Fueron mermando sus rentas las vicisitudes políticas y otros contratiempos, y acabó de desbaratarlas la conducta del último marqués de Torresnobles, calaverón despilfarrado que dió mucho que hablar en la corte cuando Narváez era mozo. Próximo ya á los sesenta años, el marqués de Torresnobles adoptó la resolución de retirarse á su hacienda de Fuencar, única propiedad que no tenía hipotecada. Allí se dedicó exclusivamente á cuidar de su cuerpo, no menos arruinado que su casa; y como Fuencar le producía aún lo bastante para gozar de un mediano desahogo, organizó su servicio de modo que ninguna comodidad le faltase. Tuvo un capellán que, amén de decirle la misa los domingos y fiestas de guardar, le hacía la partida de brisca, burro y dosillo (tales sencilleces divertían mucho al ex conquistador), y le leía y comentaba los periódicos políticos más reaccionarios; un mayordomo ó capataz que cobraba á toca-teja y dirigía hábilmente las faenas agrícolas; un cocher oboeso y flemático que gobernaba solemnemente las dos mulas de la carretela; un ama de llaves silenciosa, solícita, no tan moza que tentase ni tan vieja que diese asco; un ayuda de cámara traído de Madrid, resto y reliquia de la mala vida pasada, convertido ahora á la buena como su amo, y discreto y puntual ahora y antes, y, por último, una cocinera limpia como el oro, con primorosas manos para todos los guisos de aquella antigua cocina nacional, que satisfacía el estómago sin irritarlo y lisonjeaba el paladar sin pervertirlo. Con ruedas tan excelentes, la casa del marqués funcionaba como un reloj bien arreglado, y el señor se regocijaba cada vez más de haber salido del golfo de Madrid á tomar puerto y carenarse en Fuencar. Su salud se restablecía; el sueño, la digestión y demás funciones necesarias al bienestar de esta pobre túnica precedera que sirve de cárcel al espíritu, se regularizaban, y en pocos meses el marqués de Torresnobles echó carnes sin perder agilidad, enderezó algo el espinazo, y su sano aliento indicó que ya la feroz gastralgia no le roía el estómago.

Si el marqués vivía bien, no lo pasaban mal tampoco sus servidores. Para que no lo dejaran les pagaba mejores soldadas que nadie en la provincia, y además los obsequiaba á veces con regalos y mimos. Así andaban ellos de contentos: poco trabajo, y ese, metódico é invariable; salario crecido, y de cuando en cuando sorpresitas del dadivoso marqués.

El mes de Diciembre del año antepasado hizo más frío de lo justo, y la dehesa y término de Fuencar se envolvieron en un manto de nieve como de una cuarta de grueso. Huyendo de la soledad de su gran despacho, bajó el marqués de noche á la cocina del cortijo, y buscando por instinto de sociabilidad invencible, la compañía del hombre, se arrimó al hogar, calentó la palma de las manos castañeteando los dedos, y hasta se rió de los cuentos que con chuscada andaluza referían el capataz y el pastor, y reparó que la cocinera tenía muy buenos ojos. Entre otras conversaciones más ó menos rústicas que le divirtieron, oyó que todos sus criados proyectaban asociarse para echar un décimo á la lotería de Navidad.

Al día siguiente, muy temprano, el marqués despa-

chaba un propio á la ciudad próxima, y anocheía cuando el bondadoso señor penetró en la cocina blandiendo unos papeles y anunciando á sus domésticos, con suma benignidad, que había cumplido sus deseos tomando un billete del sorteo inmediato, billete en el cual les regalaba dos décimos, quedándose él con ocho, por tentar también la suerte. Al oír tal, hubo en la cocina una explosión de alegría con vivas y bendiciones hiperbólicas; sólo el pastor, viejo cano, zumbón y sentencioso, meneó la cabeza, afirmando que el que echaba con señores «espantaba la suerte,» de lo cual le pesó tanto al marqués, que condenó al pastor á no llevar ni un real en los décimos consabidos.

Aquella noche el marqués no durmió tan á pierna suelta como solía desde que Fuencar le cobijaba; le desvelaron algunos pensamientos de esos que sólo mortifican á los solterones. No le había gustado pizca la avidez con que sus criados hablaban del dinero que podía caerles.—¡Esa gente, decía el marqués, no aguardaría sino á llenar la bolsa para plantarme! ¡Y qué planes los suyos! ¡Celedonio (el cochero) habló de poner taberna... para beberse el vino sin duda! ¡Pues la pazguata de doña Rita (era el ama de llaves) no sueña con establecer una casa de huéspedes! ¡Digo, y lo que es Jacinto (era el ayuda de cámara) bien se calló, pero miraba con el rabo del ojo á esa Pepa (la cocinera), que, vamos, tiene su sal!... Juraría que proyectan casarse. ¡Bah! (al exclamar ¡bah! el marqués de Torres—nobles dió una vuelta en la cama y se arropó mejor, porque se le colaba el frío por la nuca); en resúmdas cuentas, ¿qué me importa todo ello?... El premio gordo no nos ha de caer, y así... tendrán que aguardarse por las mandas que yo les deje.—Y á poco rato el buen señor roncaba.

Dos días después celebrábase el sorteo, y Jacinto, que era más listo que Cardona, se las compuso de modo que su amo tuviese que enviarle á la ciudad en busca de no sé qué provisiones ú objetos indispensables. La noche caía, nevaba á más y mejor, y Jacinto aún no había vuelto, á pesar de salir muy de madrugada.

Estaban los criados reunidos en la cocina, como siempre, cuando sintieron las opacas pisadas del caballo sobre la nieve fresca, y un hombre, en quien reconocieron á su compañero Jacinto, entró como una bomba. Estaba pálido, temblón y demudado, y con ahogada voz acertó á pronunciar:

—¡El premio gordo!!!

Hallábase á la sazón el marqués en su despacho, y las piernas arrebuñadas en tupida manta, chupaba un habano mientras el capellán le leía la *política menuda* de *El Siglo Futuro*. De pronto, suspendiendo la lectura, ambos prestaron oído al estrépito que venía de la cocina. Parecióles al principio que los criados disputaban, pero á los diez segundos de atender se convencieron de que no eran sino voces de júbilo, tan desentonadas y delirantes, que el marqués, amostazado y teniendo por comprometida su dignidad, despachó al capellán á informarse de lo que ocurría é imponer silencio. No tardó tres minutos en regresar el enviado, y dejándose caer sobre el diván, pronunció con sofocado acento: «¡Me ahogo!» y se arrancó el alzacuello y se desgarró el chaleco por querer desabrocharlo... Corrió en su auxilio el marqués, y abanicándole el rostro con el *El Siglo Futuro*, logró oír brotar de sus labios una frase entrecortada:

—El premio gordo... nos ha tocaaa... ado el prem...

A despecho de sus ataques, brincó hasta la cocina el marqués con no vista ligereza, y llegando al umbral detúvose atónito ante la extraña escena que allí se represen-

taba. Celedonio y doña Rita bailaban no sé si el jaleo ó la cachucha, con mil zapatetas, saltando como monigotes de saúco electrizados; Jacinto, abrazado á una silla, walsaba rauda y amorosamente; Pepa hería con el rabo de un cazo la sartén, haciendo desapacible música, y el capataz, tendido en el suelo, se revolcaba, gritando, ó mejor dicho, aullando salvajemente: «¡Viva la Virgen!» Apenas divisaron al marqués, aquellos locos se lanzaron á él con los brazos abiertos, y sin que fuese poderoso á evitarlo, lo alzaron en volandas, y cantando y danzando y echándose unos á otros como pelota de goma, lo pasearon por toda la cocina, hasta que, viéndole furioso, lo dejaron en el suelo; y aún fué peor entonces, pues la cocinera Pepa, cogiéndole por el talle, quieras no quieras le arrastró en vertiginoso galop, mientras el capataz, presentándole una bota de vino, se empeñaba en que probase un trago, asegurando que el licor era exquisito, cosa que él sabía á ciencia cierta por haber trasegado á su estómago casi toda la sangre de la bota.

Así que pudo el marqués soltarse, refugióse en su habitación con ánimo de desahogar su enojo refiriendo al capellán la osadía de sus criados y platicando acerca del premio gordo. Con gran sorpresa vió que el capellán salía envuelto en su capote y calándose el sombrero.

—¿Adónde va usted, don Calixto, hombre de Dios? exclamó el marqués admirado.

Pues, con su licencia, don Calixto iba á Sevilla á ver su familia, á darle la alegre nueva, á cobrar en persona su parte de décimo, un confite de algunos miles de duros.

—¿Y me deja usted ahora? ¿Y la misa? y...

En esto asomó por la puerta su hocico agudo el ayuda de cámara.—Si el señor marqués le daba permiso, él también se marcharía á recoger lo que le tocaba.—El marqués alzó la voz, diciendo que era preciso tener el diablo en el cuerpo para largarse á tales horas y con una cuarta de nieve, á lo cual respondieron unánimemente don Calixto y Jacinto que á las doce pasaba el tren por la estación próxima, que hasta ella llegarían á pie ó como pudiesen. Y ya abría el marqués la boca para pronunciar:—«Jacinto se quedará porque me hace falta á mí,»—cuando á su vez se encuadró en el marco de la puerta la rubicunda faz del cochero, que sin pedir autorización y con insolente regocijo venía á despedirse de su amo, porque él se largaba ¡ea! á coger esos monises.

—¿Y las mulas? vociferó el amo. ¿Y el coche quién lo guiará, vamos á ver?

—Quien vucencia disponga... ¡Como yo no he de cohear más!... respondió el auriga volviendo la espalda y dejando paso á doña Rita, que entró, no medrosa y pisando huevos como solía, sino toda despeinada, alborotadiza y risueña, agitando un grueso manojo de llaves, que entregó al marqués advirtiéndole:

—Sepa vucencia que ésta es de la despena... ésta del ropero... ésta del...

—¡Del demonio que cargue con usted y con toda su casta, bruja del infierno! ¿Ahora quiere usted que yo saque el tocino y los garbanzos, eh? Váyase usted al...

No oyó doña Rita el final de la imprecación, porque salió pitando, y tras ella los demás interlocutores del marqués, y en pos de éstos el marqués mismo, que les siguió furioso al través de las habitaciones y estuvo á punto de alcanzarles en la cocina, sin que se atreviese á seguirles al patio por no arrostrar la glacial temperatura. A la luz de la luna, que argentaba el piso nevado, el marqués les vió alejarse, delante don Calixto, luego Celedonio y doña Rita de bracero, y por último Jacinto, muy cosido

á una silueta femenina que reconoció ser Pepa la cocinera... ¡Pepilla también! Tendió el marqués la vista por la cocina abandonada, y vió el fuego del hogar que iba apagándose, y oyó una especie de ronquido animal... Al pie de la chimenea, muy esparrangado, el capataz dormía la mona.

A la mañana siguiente el pastor, que no quiso «espantar la suerte,» hizo para el marqués de Torres-nobles de Fuencar unas migas y un ajo molinero, y así pudo este señor comer caliente el primer día que se despertó millonario.

Me parece excusado describir la suntuosa instalación del marqués en Madrid; lo que sí no debe omitirse es que tomó un cocinero cuyos guisos eran otros tantos poemas gastronómicos. Se sospecha que los primores de tan excelso artista, saboreados con excesiva delectación por el marqués, le produjeron la enfermedad que le llevó á la tumba. No obstante, yo creo que el susto y caída que dió cuando se desbocaron sus magníficos caballos ingleses, fué la verdadera causa de su fallecimiento, ocurrido á poco de habitar el palacio que amuebló en la calle de Alcalá.

Abierto el testamento del marqués, se vió que dejaba por heredero al pastor de Fuencar.

EMILIA PARDO BAZÁN.

La cena jocosa

EN Jaén, donde resido,
vive don Lope de Sosa,
y diréte, Inés, la cosa
más brava de él que has oído.

Tenia este caballero
un criado portugués...
pero cenemos, Inés,
si te parece, primero.

La mesa tenemos puesta,
lo que se ha de cenar junto,
las tazas del vino á punto;
falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo,
y échale la bendición;
yo tengo por devoción
de santiguar lo que bebo.

Franco fué, Inés, este toque;
pero arrójame la bota:
vale un florín cada gota
de aqueste vinillo aloque.

¡De qué taberna se trajo
mas ya... de la del Castillo:
diez y seis vale el cuartillo,
no tiene vino más bajo.

Por Nuestro Señor que es mina
la taberna de Alcocer:
grande consuelo es tener
la taberna por vecina.

Si es ó no invención moderna,
vive Dios, que no lo sé;
pero delicada fué
la invención de la taberna.

Porque allí llevo sediento,
pido vino de lo nuevo,
mídenlo, dánmelo, bebo,
págolo, y voyme contento.

Esto, Inés, ello se alaba,
no es menester alaballo:
sólo una falta le hallo,
que con la priesa se acaba.

La ensalada y salpicón
hizo fin, ¿qué viene ahora?
La morcilla, gran señora
digna de veneración.

¡Qué oronda viene y qué bella!

¡Qué través y enjundia tiene!
Paréceme, Inés, que viene
para que demos en ella.

Pues, sús; encójase y entre,
que es algo estrecho el camino...
no echas agua, Inés, al vino,
no se escandalice el vientre.

Echa de lo trasañejo,
porque con gusto me comas;
Dios te guarde, que así tomas,
como sabía, el buen consejo.

Mas dí ¿no adoras y precias
la morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica!
tal debe tener especias.

¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
y asada por esas manos
hechas á cebar lechones.

El corazón me revienta
de placer: no sé de tí.
¿Cómo te va? yo por mí
sospecho que estás contenta.

Alegre estoy ¡vive Dios!
Mas oye un punto sutil;
¿No pusiste allí un candil?
¿cómo me parecen dos?

Pero son preguntas viles,
ya sé lo que puede ser:
con ese negro beber
se acrecientan los candiles.

Probemos lo del pichel,
alto licor celestial;
no es el aloquillo tal,
ni tiene que ver con él.

¡Qué suavidad! ¡qué clareza!
¡qué rancio gusto y olor!
¡qué paladar! ¡qué color!
todo con tanta fineza.

Mas el queso sale á plaza,
la moradilla va entrando,
y ambos vienen preguntando
por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extremo,
el de pinto no le iguala,
pues la aceituna no es mala
bien puede bogar su remo.

Haz, pues, Inés, lo que sueles,
daca de la bota llena
seis tragos: hecha es la cena,
levántense los manteles.

Ya, Inés, que habemos cenado
tan bien y con tanto gusto,
paréceme será justo
volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Inés hermana,
que el portugués cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo,
quédese para mañana.

BALTASAR DE ALCÁZAR (1).

(1) Don Baltasar de Alcázar nació en Sevilla por los años 1530, de familia noble y esclarecida. Diósele educación correspondiente á su clase, dedicándolo particularmente al ejercicio de las armas, donde consiguió grandes ventajas, pues—dice su biógrafo don Vicente de Avilés—que era muy esforzado y de gentil disposición, militando mucho tiempo en las naves y galeras del mayor marino de su siglo, don Álvaro de Bazán, donde se granjeó la reputación de gran soldado, alcanzando singulares victorias contra los franceses, los que lo hicieron una vez prisionero, y al ver su valor y aspecto le dieron desde luego la libertad. Fué también muy estudioso y adquirió vastos conocimientos en ciencias naturales y lenguas vulgares y clásicas. Retirado á su patria se casó y vivió con mucho honor y estimación desempeñando elevados cargos. Fué al mismo tiempo que celebrado poeta diestro músico y hábil compositor, poniendo en música algunos de sus propios madrigales: dibujaba también con gusto y corrección. Tuvo por amigos los más doctos y sabios varones de su tiempo, entre ellos Gutierre de Cetina, Fernando de Herrera, los dos Pachecos, etc., que lo celebraron con singulares alabanzas. Murió el 16 Enero de 1606 á los 76 años de edad con admirable resignación y disposición cristiana. La *Cena jocosa*—dice el humanista y pintor Francisco Pacheco—es una de las más lucidas obras que compuso: en ella se revela como en ninguna el estilo y personalidad de su autor.



Decoración del acto primero de *Parsifal*, en el teatro de Baireuth

PARSIFAL

DE

RICARDO WAGNER

PERSONAJES

AMFORTAS
TITUREL
GURNEMANZ

PARSIFAL
KLINGSOR
KUNDRY

Caballeros y escuderos del Graal. — Doncellas encantadas de Klingsor.

Lugar de la acción: *Monsalvat* en el burgo y en el territorio de los caballeros del Graal; paisaje semejante á las montañas septentrionales de la España gótica. Después, castillo encantado de Klingsor en la falda meridional y arábica de las mismas montañas.—El traje de los caballeros y escuderos del Graal casi igual al de los templarios: sobrevesta de guerra y manto blanco; en vez de la cruz roja una paloma volando, emblema de su escudo y bordada en el manto.

ACTO PRIMERO

Selva sombría y magnífica, pero no oscura.

Terreno peñososo. Un claro en el centro. A la izquierda, ascendiendo, se divisa el camino del castillo. Hacia el centro del fondo se observa una pendiente profunda en donde yace un lago.—La hora del alba.—Gurnemanz (anciano vigoroso), y dos escuderos (de tierna edad juvenil) aparecen dormidos bajo un árbol.—Del lado izquierdo, esto es, del burgo, se oye el toque solemne de diana.

GURNEMANZ

(*Despertando y sacudiendo á los escuderos*). ¡Eh! ¡hola! ¿Vosotros, los guardas de la selva? Guardianes más bien del sueño, despertad ya: es de día. (*Los dos escuderos se levantan sobresaltados y se arrodillan llenos de vergüenza*). ¿No oís la llamada? Ahora dad gracias á Dios, á quien debéis oírla. (*Arrodillase también, y los tres, en silencio, dirigen sus oraciones al cielo; al cesar las trompetas se levantan todos*). Ahora, escuderos, visitad el baño; llegó la hora de esperar allí al rey; ya veo á lo lejos la litera del enfermo y los mensajeros, que le preceden, acercándose á nosotros. (*Preséntanse dos caballeros que vienen del burgo*). ¡Salve, amigos! ¿Cómo se siente Amfortas? Muy temprano anhela hoy el baño. ¿Ha mitigado sus dolores la hierba milagrosa, que, á fuerza de astucia y de osadía, se proporcionó Gawan há poco? Lo deseo, aunque lo dudo.

1.^{er} CABALLERO

¿Lo dudas tú, que todo lo sabes? Sus dolores, que lo dejaron un instante, le acometieron de nuevo más intensos: su aguda dolencia, privándolo del sueño, lo ha obligado á pedirnos ansioso el baño.

GURNEMANZ

(*Moviendo tristemente la cabeza*). ¡Locos nosotros, que esperamos alivio cuando sólo una medicina puede lograrlo! Por todo el mundo se buscan con empeño bebidas y hierbas saludables: sólo una cosa puede aliviarlo... sólo una.

1.^{er} CABALLERO

¿Cuál es?

GURNEMANZ

(*Sin hacerle caso*). Vigilad el baño.

1.^{er} ESCUDERO

(*Volviéndose con el segundo hacia el fondo, y mirando á la derecha*). ¡Mirad allí á la salvaje cabalgando!

2.^o ESCUDERO

¿No veis cómo vuelan las crines diabólicas de su caballo?

1.^{er} CABALLERO

¡Sí! Allí está Kundry.

2.^o CABALLERO

¿Traerá nuevas importantes?

1.^{er} ESCUDERO

El caballo tropieza.

2.º ESCUDERO

¿Vuela acaso por el aire?

1.º ESCUDERO

Ahora roza ligeramente la tierra.

2.º ESCUDERO

Con sus crines humedece ahora el musgo.

1.º CABALLERO

Ya se apeó de un salto la hechicera. (*Kundry aparece de improviso, y atropelladamente, casi tropezando. Vestidos extraños ceñidos muy arriba; cinturón de pieles de serpiente, que cuelga hacia abajo; cabello negro y flotante con trenzas sueltas; su tez morena oscura y roja; ojos negros y penetrantes, á veces extraviados, y con más frecuencia parados é inmóviles. Acércase ligera á Gurnemanx, y le ofrece un frasco pequeño de cristal.*)

KUNDRY

¡Tómalo!... ¡Bálsamo!

GURNEMANX

¿De dónde lo traes?

KUNDRY

De un lugar más lejano de lo que puedes imaginar: si este bálsamo no sirve, la Arabia no guarda ya en su seno medicina alguna para él... No me preguntéis más... Estoy cansada... (*Tirase al suelo. Caballeros y escuderos, que traen y acompañan á la litera, en donde viene Amfortas recostado, llegan al teatro por la izquierda.—Gurnemanx se aparta de Kundry y mira al cortejo que se acerca.*)

GURNEMANX

(*Mientras llega á la escena el acompañamiento*). Ya llega, pero en hombros ajenos... ¡Ay de mí! ¡Cómo soportar la presencia de este caudillo, de linaje tan favorecido por la victoria, en la arrogante flor de su vida y esclavo de tan mísera dolencia! (*A los escuderos*). ¡Cuidado! ¿No oís los suspiros dolientes del rey? (*Deténese el acompañamiento, y dejan en tierra la litera*).

AMFORTAS

(*Que se levanta ligeramente*). ¡Así; está bien!... ¡Gracias!... ¡Leve descanso! Después de una noche insupportable de dolores, ahora la magnificencia del alba en la selva; sólo anhelo encontrar algún alivio en las ondas de este lago sagrado: mis ayes se calmarán, y el sol alumbrará á su vez esta triste noche... ¡Gawan!

1.º CABALLERO

Gawan, señor, viendo que la virtud de su hierba, á pesar de sus trabajos para adquirirla, ha defraudado tus esperanzas, no vaciló un instante en proseguir sus indagaciones.

AMFORTAS

¿Sin permiso?... ¡Plegue á Dios que expie su desobediencia á las leyes del Graal! ¡Ay de él, tan atrevido como obstinado, si llega á caer en las garras de Klingsor! Nadie turbe mi tranquilidad: aguarde lo prometido.

«La compasión infundirá ciencia...» ¿No era así?

GURNEMANX

Tales fueron sus palabras.

AMFORTAS

«Al inocente insensato,» me parece recordar... ¡ojalá que pudiera llamarle la muerte!

GURNEMANX

Pero antes probemos esto. (*Le presenta el frasco*).

AMFORTAS

(*Examinándolo*). ¿De dónde viene este frasco misterioso?

GURNEMANX

Lo han traído de la Arabia.

AMFORTAS

¿Quién?

GURNEMANX

Esa mujer salvaje, que está allí... ¡Arriba, Kundry! ¡Vén aquí! (*Ella no hace caso*).

AMFORTAS

¿Tú, Kundry? ¿Esto más he de agradecer á tí, servidora animosa é incansable?... ¡Sea en buen hora! Probaré también este bálsamo; tu fidelidad merece mi gratitud.

KUNDRY

(*Inquieta y sin levantarse*). ¡Gratitud no!... ¡Ya, ya! ¿De qué servirá? ¡Gratitud no!... ¡Adelante! ¡Al baño! (*Amfortas da la señal de partida; el acompañamiento se aleja, y desaparece en el fondo.—Gurnemanx y Kundry, el primero mirando al cortejo tristemente, la segunda sin moverse y siempre en tierra, se quedan en la escena.—Escuderos van y vienen*).

3.º ESCUDERO. (*Mancebo joven*)

¡Hola! ¿tú aquí? ¿Qué haces ahí como una bestia salvaje?

KUNDRY

¿No son aquí sagradas las bestias?

3.º ESCUDERO

Sin duda, pero no sabemos si tú eres ó no sagrada.

4.º ESCUDERO. (*También mancebo joven*)

Con sus mágicos brebajes, según sospecho, acabará al fin con el Maestre.

GURNEMANX

¡Quitad allá!... ¿Os hizo alguna vez daño? Cuando todos irresolutos vacilaban ignorando la manera de comunicarnos con hermanos que luchan en países remotos, ¿sabíais algo vosotros? ¡Decidlo!... ¿Quién, acaso, antes que lo pensarais, corre y vuela, y vuelve con tanta lealtad como fortuna, y cumple esta difícil misión? Ni vosotros le dais el sustento, ni ella se acerca á vosotros, ni nada os es común; y, sin embargo, cuando en el momento del peligro hay necesidad de ayuda, su celo la impulsa á atravesar ligera los aires, sin pedirnos siquiera vuestra gratitud. Decidme, pues, ¿es acaso ofensa consultar vuestro bien?

3.º ESCUDERO

¡Pero nos aburre!... ¡Vedla sino; ved la malignidad de sus ojos!

4.º ESCUDERO

Es pagana, es mágica.

GURNEMANX

Bien, aunque sea maldita, hoy vive aquí, quizás arrepentida, y habiendo expiado faltas anteriores, no olvidadas en otros lugares. Si paga, pues, sus culpas de este modo, y es benéfica para nuestros caballeros, ¿quién reprobará su conducta, si ayudándose á sí misma nos sirve á nosotros?

3.º ESCUDERO

Quizás esas faltas tuyas sean la causa de algunos desastres nuestros.

GURNEMANX

¡Sí! Cuando estaba muy lejos de nosotros, nos visitó también grave desdicha. Largo tiempo hace que la conozco, y más tiempo todavía la conocí antes Titurel. Cuando consagró ese burgo, la encontró en los matorrales de la selva, inmóvil, exánime, casi muerta. Tal era también su estado al verla yo no hace mucho, reciente todavía la desventura que sufrimos con tanta vergüenza nuestra, del criminal que habita allende la montaña... (*A Kundry*). ¡Hola, tú!... escucha y dime: ¿en dónde vagabas cuando perdió la lanza nuestro señor?... (*Kundry calla*). ¿Por qué no nos ayudaste en aquella ocasión?

KUNDRY

Yo no ayudo jamás.

4.º ESCUDERO

Ella misma lo dice.

3.º ESCUDERO

Si tanta es su lealtad y su osadía, ¿por qué no busca la lanza perdida?

GURNEMANX

(*Con triste acento*). ¡Eso es otra cosa!... Nadie puede...



MALA NOTICIA
CUADRO DE G. MANTEGAZZA

(Con énfasis). ¡Oh lanza sagrada, y maravillosa por sus heridas! Yo ví la mano profunda que te blandía. (Abismándose en tristes recuerdos). Armado con ella Amfortas, harto atrevido (¿quién podía manejar armas bastante poderosas para afrontar al encantador?), ya cerca del castillo, desapareció este héroe de nuestra vista: una mujer temible por su belleza lo sedujo: embriagado de amor en sus brazos, abandonó la lanza; un grito de muerte... Yo corrí sin vacilar... y ví a Klingsor que desaparecía riéndose, después de arrebatarse la sagrada lanza. Yo, peleando, favorecí la huida del rey; una herida, sin embargo, lo abrasaba, herida que no se ha cerrado después.

3.^{er} ESCUDERO

¿Entonces conocías tú a Klingsor?

GURNEMANZ

(A los escuderos 1.^o y 2.^o que vienen de la parte del lago). ¿Cómo está el rey?

ESCUDERO 2.^o

El baño le refresca.

ESCUDERO 1.^o

El bálsamo alivia su dolor.

GURNEMANZ

(Después de una pausa). La herida es de las que no se cierran jamás.

ESCUDERO 3.^o

Sin embargo, dinos ¡oh padrecito! lo que sepas, sin ocultarnos nada: tú conoces a Klingsor... ¿Cómo puede ser esto? (El escudero 3.^o y el 4.^o se han sentado mientras tanto a los pies de Gurnemanz; los otros dos los imitan).

GURNEMANZ

Bien lo conocía Titurel, el héroe piadoso. Cuando enemigos feroces, astutos y fuertes amenazaban al imperio de la fe sincera, mensajeros celestiales de nuestro Salvador lo visitaron una noche tan santa como solemne: después de su postrer banquete, le dió la copa consagrada, la sacrosanta y sublime copa, en donde vertió crucificado su divina Sangre, dándole también el hierro de la lanza que la derramó... Preciosísimas reliquias del Redentor de los hombres, concedidas para la guarda de nuestro rey. Un santuario para venerar tan ricas joyas, edificó él. Vosotros, los consagrados a su servicio, que recorréis la senda no hollada por ningún pecador, sabéis que sólo una conciencia inmaculada ha de ser patrimonio exclusivo de los hermanos, que han de ostentar fuerzas sobrenaturales para defender el emblema sublime del santo Graal: de aquí que este don fuera rehusado a Klingsor, por quien preguntáis, y que viviese desarmado, endurecida el alma con sus culpas. Allá lejos, en el valle, moraba solitario; país fértil de paganos se dilata por allí: ignoro cuáles puedan ser los pecados que lo manchan, pero él deseaba expiarlos y santificarse, a ser posible. Incapaz de purificar su alma, se hirió con su mano culpable para apoderarse del santo Graal, rechazándolo con desprecio a su verdadero defensor; rabioso delirando se enseñoreó de Klingsor, y en su vergonzosa impotencia llamó en su auxilio pérfidos encantos, y al cabo los encontró...: transformó desiertos en jardines deliciosos, poblados de beldades tan extraordinarias como diabólicas, esperando allí a los caballeros del Graal para seducirlos con placeres prohibidos, y condenarlos al fuego eterno: pervierte a cuantos se le acercan, y muchos se cuentan ya de este número. Así Titurel, abrumado por su avanzada edad, al dejar el mando a su hijo Amfortas, no excusó medio ni diligencia para escudarlo contra las asechanzas mágicas. Vosotros sabéis cuál ha sido su resultado: Klingsor es ahora dueño de la lanza; hasta a bienaventurados hiere, y se lisonjea, confiado en ella, de arrebatarnos el santo Graal. (Kundry no descansa un instante, presa de la mayor inquietud).

ESCUDERO 4.^o

Lo más importante ahora es que la lanza vuelva a nuestro poder.

ESCUDERO 3.^o

¡Ah! dicha y fama eterna acompañarán al que la traiga.

GURNEMANZ

(Después de una pausa). Despojado el santuario de su gala más preciada, Amfortas yace en el lecho del dolor, anhelando ardientemente su rescate: abandonó al Graal el resplandor del cielo, y sólo un sueño milagroso repitió a su oído una vez estas palabras clarísimas: «aguarda a mi elegido, un insensato inocente, cuya inteligencia se despejará por obra de la compasión.» (Los cuatro escuderos las repiten con el mayor fervor). (Oyense gritos hacia el lago, y voces de

CABALLEROS Y ESCUDEROS

¡Ay de vosotros!... ¡Qué desventura!... ¡Ah!... ¡Arriba!... ¿Quién es el culpable?... (Gurnemanz y los cuatro escuderos corren hacia el lago y se vuelven horrorizados... Un cisne salvaje se acerca con tardo vuelo de la laguna; viene herido, se mantiene en el aire con trabajo, y cae al fin en tierra moribundo).

GURNEMANZ

¿Qué es esto?

1.^{er} ESCUDERO

¡Allí!

2.^o ESCUDERO

¡Aquí! ¡Un cisne!

3.^{er} ESCUDERO

¡Un cisne salvaje!

4.^o ESCUDERO

¡Está herido!

OTROS ESCUDEROS

(Viniendo en tropel del lago). ¡Ay de nosotros! ¡Qué desastre!

GURNEMANZ

¿Quién ha tirado al cisne?

2.^o CABALLERO

(Presentándose). Saludábalo el rey como a feliz presagio: cruzaba un cisne por el lago: voló una flecha...

OTROS ESCUDEROS

(Trayendo a Parsifal). ¡Ese ha sido! ¡Ese tiró! ¡Suyo es el arco!... ¡Mirad la flecha, igual a las suyas!

GURNEMANZ

(A Parsifal). ¿Eres tú el matador de ese cisne?

PARSIFAL

¡Sin duda! Al vuelo acierto a lo que vuela.

GURNEMANZ

¿Lo has hecho tú? ¿No temes el castigo de tu delito?

LOS ESCUDEROS

¡Que pague su pena el culpable!

GURNEMANZ

¡Acción inaudita! ¿Cómo osas matar aquí, en esta selva sagrada, en donde sólo se respira el silencio y la paz? ¿Las fieras de estas umbrías no se acercaban a tí mansas, como si te saludaran, inspiradas por el amor y la piedad? ¿Qué te decían los pajarillos, cantando entre las ramas? ¿Te ha ofendido acaso ese cisne inocente? Velaba buscando a su compañera para cruzar con ella el lago, y consagrando así solemnemente su saludable virtud. ¿Cómo no te detuviste en vez de dejarte arrastrar de esa afición pueril y salvaje de matar a flechazos las aves?... Para nosotros era sagrado: ¿qué es ahora para tí? Ahí, míralo, ahí lo hirió tu saeta: hiélase su sangre, y sus alas inmóviles cuelgan; a la blanca nieve de su plumaje deslústranla oscuras manchas y sus ojos no brillan como antes. ¿Puedes acaso mirarlo? ¿tienes conciencia de tu grave falta? Parsifal lo escucha con creciente admiración: después rompe su arco, y tira las flechas. Habla al fin: ¿Confías tu grave culpa? (Parsifal pasa la mano por los ojos). ¿Cómo pudiste cometerla?

PARSIFAL

Nada sabía.

GURNEMANZ

¿De dónde eres?

LA VELADA

PARSIFAL

No lo sé.

GURNEMANZ

¿Quién es tu padre?

PARSIFAL

No lo sé.

GURNEMANZ

¿Quién te ha encaminado aquí?

PARSIFAL

No sé.

GURNEMANZ

¿Cuál es tu nombre?

PARSIFAL

Tenía muchos, pero ya no me acuerdo de ninguno.

GURNEMANZ

¿Nada sabes, pues? (*Aparte*). (Sólo á Kundry he encontrado hasta ahora tan estúpido como éste...) (*A los escuderos, cuyo número se ha aumentado mientras tanto*). Andad; cuidad al rey mientras se baña... Ayudadle... (*Los escuderos, con el mayor respeto levantan el cisne, y se alejan, con él hacia el lago.—Volviéndose Gurnemanz á Parsifal*). Dime ahora: nada sabes de lo que te pregunto: di tú mismo ahora lo que sepas, porque algo has de saber.

PARSIFAL

Yo tenía madre; llamábase Corazón Traspasado: ambos vivíamos en las selvas y en los deshabitados.

GURNEMANZ

¿Quién te dió el arco?

PARSIFAL

Yo mismo lo hice para ahuyentar las feroces águilas del monte.

GURNEMANZ

Noble parece tu porte, y preclara tu alcurnia: ¿cómo no te enseñó tu madre á manejar mejores armas? (*Parsifal calla*).

KUNDRY

(*Que recostada en un ángulo de la selva, mira con grande atención á Parsifal, y exclama al fin con voz ronca*). Muerto Gamuret peleando, la madre dió á luz á su hijo póstumo; para preservar al hijo de igual desdicha, tan prematura como heroica, la loca lo educó en los desiertos, extraño al ejercicio de las armas, para ser también un insensato. (*Ríese*).

PARSIFAL

(*Que la ha escuchado con el mayor ahínco*). ¡Sí! Y cuando espléndidos caballeros, sentados en hermosos animales, atravesaron los linderos del monte, deseé en el alma igualarlos. Se reían y cazaban. Corrí en su seguimiento, pero no pude alcanzarlos; subiendo cerros y bajando valles atravesé vastas soledades; muchas veces me visitó la noche; muchas les sucedió el día, y de las fieras y de los hombres de elevada estatura hubo de guardarme un arco.

KUNDRY

(*Con vehemencia*). ¡Verdad es! Gigantes y salteadores probaron su valor: todos ellos cobraron miedo á tan fiero campeón.

PARSIFAL

¿Quién me temía? ¡Dílo!

KUNDRY

¡Los malvados!

PARSIFAL

¿Eran malvados los que me amenazaban? (*Gurnemanz se sonríe*). ¿Quién es bueno?

GURNEMANZ

(*Con solemnidad*). Tu madre, de quien huiste, inquieta y solícita sólo por tí.

KUNDRY

Sus penas terminaron: su madre murió.

PARSIFAL

(Aterrado). ¿Mi madre... muerta? ¿quién lo dice?

KUNDRY

Pasaba yo á caballo á su lado, y la ví expirar: pidióme que, en su nombre, á tí, que eres un insensato, diese su último adiós. (*Parsifal acomete furioso á Kundry, y opri-me su cuello*).

GURNEMANZ

(*Conteniéndolo*). ¡Desventurado! ¿Otra vez la violencia? ¿otra vez? ¿Qué te ha hecho esta mujer? Decía la verdad. Kundry nunca miente, aunque ha visto muchas cosas. (*Después que Gurnemanz ampara á Kundry, Parsifal queda largo tiempo como anonadado. Luego tiembla convulsivamente*).

PARSIFAL

Yo... ¡me siento morir!... (*Kundry corre sin detenerse á una fuente de la selva, trae agua en un vaso de cuerno, rocía con ella el rostro de Parsifal, y se lo presenta después para beber*).

GURNEMANZ

¡Bien, bien! Así se obtiene la gracia del Graal; quien paga con beneficios ahuyenta la maldad.

KUNDRY

(*Volviéndose con tristeza*): Nunca hice á nadie bien... sólo quiero descansar. (*Mientras Gurnemanz cuida á Parsifal paternalmente, Kundry, á hurtadillas de ambos, se desliza en un matorral*). ¡Sólo descanso!... ¡Descanso! ¡ay de mí! ¡á quien tanto lo anhela!... ¡Dormir!... ¡oh! ¡que nadie me despierte! (*Levantándose sobresaltada*). No, ¡no puedo dormir!... el terror me domina. (*Prorrumpe en gritos ahogados, y tiembla todo su cuerpo; después deja caer lánguidamente los brazos, inclina la cabeza, y vacila á un lado y á otro, abrumada de cansancio*). ¡Arma inútil! ¡llegó el plazo fatal! ¡Dormir!... ¡dormir!... ¡necesito dormir!... (*Cae detrás del matorral, y sigue así sin ser notada.—Hacia el lago se observa movimiento de gentes, y allá en el fondo se destaca acercándose la litera de Amfortas, con su acompañamiento de caballeros y escuderos*).

GURNEMANZ

El rey regresa del baño; el sol brilla en lo alto: deja ahora que te lleve á gozar de un banquete piadoso; porque si eres inocente, el Graal hartará tu hambre y apagará tu sed. (*Rodea dulcemente su cuello con el brazo de Parsifal, y lo sostiene con los suyos, y de esta manera andan ambos, con lentitud*).

PARSIFAL

¿Quién es el Graal?

GURNEMANZ

No puede decirse; pero si tú eres el elegido para su gloria, te importa poco saberlo... ¡Mira! pareceme que te reconozco. Ningún camino atraviesa este país, y ningún mortal, sin merecerlo, podía hollarlo.

PARSIFAL

Apenas ando... y, no obstante, me imagino alejarme mucho.

GURNEMANZ

Ya ves, hijo mío, que el tiempo se trueca aquí en espacio. (*Insensiblemente, mientras Gurnemanz y Parsifal caminan, múdase la escena de izquierda á derecha: desaparece la selva, ábrese una puerta por la cual parece que entran ambos; luego se presentan en diversos corredores que siempre, ascendiendo, cruzan en distintas direcciones.—Escúchase á lo lejos sonido reposado de trompetas, y más cerca aproximándose, ruido de campanas.—Llegan al fin á un salón suntuoso, que termina en una cúpula sostenida por una elevada bóveda, por la cual penetra sólo la luz.—El ruido va aumentando desde lo alto de la cúpula*).

GURNEMANZ

(*Volviéndose á Parsifal, que parece encantado*). Atiéndeme bien ahora, y déjame considerar si eres insen-

sato é inocente, qué linaje de sabiduría podrá también convenirte... (*Abrese una gran puerta en los dos costados del fondo. Por la derecha entran solemnemente los caballeros del Graal, colocándose mientras se escucha el canto que sigue, poco á poco, junto á las dos mesas, largas y cubiertas, dispuestas de suerte que ocupen desde el fondo al proscenio paralelas á los costados, dejando libre el centro: sólo hay copas en ellas, no vajilla*).

CABALLEROS DEL GRAAL

En la refacción postrera de cada día, símbolo de nuestro amor fraternal, como si fuera la última de la vida, regocijese el bueno y el puro: se renovará este goce en su honor, y participará de él el favorecido de los dones celestiales.

MANCEBOS

(*Cuyas voces se oyen como si viniesen de la mitad de la altura del salón*). Como derramó un día su sangre, sufriendo innumerables dolores, por rescatar los pecados del mundo, derrámese, si es preciso, la mía, llenándose de gozo, para ensalzar al Dios de nuestra redención. Su

muerte hace vivir en nosotros al cuerpo, que por nuestros pecados sacrificó.

CORO DE JÓVENES

(*Desde la parte más elevada de la cúpula*). La fe vive; vuela la paloma, santa mensajera del Salvador. La sangre de vuestras venas se reanimará con este vino y con este pan que da la vida. (*Por la puerta de enfrente entra Amfortas en una litera, sostenida por escuderos y por hermanos de servicio: precedenle jóvenes, que traen una urna cubierta con paño de púrpura. Este acompañamiento se dirige hacia el centro de la escena, en el fondo, en donde se eleva un lecho de parada debajo de un solio, en el cual descende Amfortas de su litera; delante se ve una mesa larga de mármol, semejante á un altar, en la cual depositan los jóvenes la urna después de descubrirla... Terminado el canto, y después de ocupar los caballeros los asientos inmediatos á la mesa, hay una pausa muy prolongada... Oyese de lo más profundo del fondo de un nicho abovedado, detrás del lecho de Amfortas, la voz, que parece salir de un sepulcro del anciano*



Decoración del acto primero de Parsifal, en el teatro de Baireuth

TITUREL

Amfortas, ¡hijo mío! ¿Desempeñas el cargo de maestro? (*Silencio*). ¿Veré hoy el santo Graal? (*Silencio*). ¿He de morir, acaso, sin salvador que me acompañe?

AMFORTAS

(*Con acento de la más profunda desesperación*). ¡Ay de mí! ¡horrible tortura!... Todavía, ¡oh padre! eres tú el agraciado con este honor. ¡Vive! ¡vive, y déjame morir!

TITUREL

Vivo yo en este sepulcro por misericordia de nuestro Salvador; grande es mi flaqueza para servirlo: tú expías ahora tu culpa... ¡Descubrid el Graal!

AMFORTAS

(*Haciendo á los escuderos gestos negativos*). ¡No, no lo descubráis!... ¡Oh!... que ninguno, que ninguno deje de presenciar este tormento, que despierta en mí una reliquia que tan poderosamente os extasia. ¿Qué es la herida ni mis intolerables dolores, comparados con la pena de verme condenado á ejercer esta dignidad?... ¡Funesta herencia, que me ha tocado en suerte á mí, pecador solo entre todos: guardar el santuario más sagrado, para que sus bendiciones se derramen sobre las almas inmaculadas. ¡Oh! castigo sin igual del desventurado, ¡ay de mí! doliente, favorecido en otro tiempo de la gracia!... Su presencia, su salutación divina he de anhelar yo con todo mi corazón, y con la contrición más profunda he de acercarme á él: la hora se aproxima: el rayo de luz ilumina la preciosa reliquia; su cobertura cae: el líquido divino del sagrado

vaso arde ya con fulgor extraordinario; dolor mezclado con divino placer de donde brota la sangre más pura, se desliza sensiblemente en mi corazón; pero las alborotadas olas de mi propia sangre, manchada con la culpa, me inundarán en breve con sus torbellinos, arrastrándome sañudas á las riberas del pecado...: ábrese de nuevo la fuente de donde manan, y abrasa mi herida, semejante á la suya, abierta por la misma lanza, que hirió en otro tiempo á nuestro Salvador. Arrancando lágrimas de sangre á su Divino Rostro, cuando en su misericordia infinita deploraba la afrenta, que los hombres le inferían... y ahora corre también enardeciendo mis venas impías en este cargo augusto, defensor de esa divina reliquia, depositario de ese bálsamo de consuelo, renovando perpetuamente mi pena, y sin medio ¡ay de mí! de lograr la expiación. ¡Misericordia! ¡misericordia! ¡Señor misericordioso, compadécete de mí! ¡Toma mi herencia y cierra mi herida, que yo fenezca santamente, libre de pecado! (*Cae desmayado*).

CORO DE MANCEBOS

(*Desde la cúpula*). «La compasión infundirá sabiduría al insensato inocente: espéralo, lo he elegido yo.»

CABALLEROS

(*Con dulzura*). Espera confiado, y cree en la profecía. Hoy desempeña tu cargo.

LA VOZ DE TITUREL

¡Descubrid el Graal! (*Amfortas se ha levantado en silencio. Los mancebos descubren la urna de oro, sacando el*

Graal (una copa antigua de cristal), cuya cubierta quitan, y la presentan á Amfortas). ¡La bendición! (Mientras Amfortas, orando mentalmente, se inclina hacia la copa, se extiende poco á poco en la escena mayor oscuridad).

LOS MANCEBOS

(Desde la cúpula). ¡Tomad mi sangre, testimonio de nuestro amor! ¡Tomad mi cuerpo, para que os acordéis de mí! (Un rayo de luz deslumbradora ilumina desde arriba la copa que brilla á su vez con mayor fuerza, ostentando un color transparente de púrpura. Amfortas, con rostro placentero, levanta en alto el Graal, y lo inclina suavemente en todas direcciones. Al oscurecerse la escena, hincanse de rodillas todos, y miran devotamente al Graal).

LA VOZ DE TITUREL

¡Oh placer celestial! ¡Cuán claramente nos saluda hoy el Señor! (Amfortas deja el Graal en su sitio, palideciendo paulatinamente el color de éste, mientras se disipa á su vez la oscuridad: los mancebos guardan otra vez la copa en la urna, y la cubren como antes.—Al reaparecer la claridad del día, se ven distintamente las copas de la mesa, llenas de vino, y un pan junto á cada copa. Prepáranse todos para comer y también Gurnemanz, que ha dejado un asiento vacío inmediato al suyo, é invita con sus gestos á Parsifal á tomar parte en la comida. Parsifal, sin embargo, permanece á su lado atónito y mudo, como asombrado de lo que ve. Canto alternado durante la cena).

CORO DE JÓVENES

(Desde lo alto). Pan y vino del último banquete, en virtud del amor y de la misericordia, traspasaba el Señor del Graal en la sangre, que derramaba, y en el cuerpo que ofrecía.

CORO DE MANCEBOS

(Desde la mitad de la altura). Sangre y cuerpo, ofrendas de su sacrificio, os dispensa hoy para consuelo vuestro el Salvador, que adoráis en el vino, que ahora bebéis, y en el pan, que hoy coméis.

LOS CABALLEROS

(Primer semicoro). El pan, que tomáis, acrecerá pronto vuestra fuerza y vigor corporal; fieles hasta la muerte y con valor esforzado, practicad las obras que el Salvador os ordenó.

(Segundo semicoro). El vino, que gustáis, transfórtese en breve en sangre, fuente de calor y de vida para que alegres y unidos, como fieles hermanos, luchéis con ánimo piadoso. (Levántanse solemnemente, y se dan unos á otros las manos).

TODOS LOS CABALLEROS

¡Bienaventurado el que cree! ¡bienaventurado el que ama!

LOS MANCEBOS

(Desde la mitad de la altura). ¡Bienaventurado el que ama!

LOS JÓVENES

(Desde la parte superior). ¡Bienaventurado el que cree! (Durante la comida, en que no toma parte, Amfortas decae poco á poco de su primer entusiasmo: inclina la cabeza, y aplica sus manos á su herida. Los jóvenes se acercan á él; sus gestos indican que se ha renovado la sangre de la herida: cuidan á Amfortas, le acompañan otra vez á la litera, y todos se preparan para salir, llevando á Amfortas y á la santa urna en el orden en que entraron. Los caballeros y escuderos se colocan en sus puestos respectivos, para servir de solemne acompañamiento, y abandonan lentamente el escenario, del cual desaparece también poco á poco la luz anterior del día. Las campanas han sonado otra vez.

Parsifal al oír los quejidos más lastimeros de Amfortas, se lleva de repente la mano al corazón, y parece temblar un largo rato; después se queda inmóvil y como anonadado. Cuando los últimos abandonan la escena, y se cierran de nuevo las puertas, Gurnemanz se aproxima ceñudo á Parsifal, y le sacude el brazo).

GURNEMANZ

¿Qué haces ahí en pie? ¿Sabes lo que has visto? (Parsifal mueve un poco la cabeza). Tú no eres, pues, más que

un insensato. (Abre una puerta pequeña de escape). Vete, pues, y sigue tu camino. Sin embargo, Gurnemanz te aconseja que en lo sucesivo dejes en paz á los cisnes; y ya que eres tan rústico, busca á los gansos. (Empuja fuera á Parsifal, y de mal humor cierra después la puerta con estrépito. Mientras sigue á los caballeros, cae el telón).

Traducido directamente del alemán, por

(Continuará).

E. DE MIER.

NUESTROS GRABADOS

Ricardo Wagner

El famoso compositor Ricardo Wagner nació el 22 de Mayo de 1813 en Leipzig y murió el 13 de Febrero de 1883, en Venecia, en el hermoso palacio Vendramin, por consecuencia de un ataque de la enfermedad en el corazón que padecía. Cuán discutidas han sido las obras musicales de Wagner, lo saben todos nuestros lectores, y no es esta ocasión de hacer su crítica, que exigiría largo tiempo y largo espacio. Pero sea cual fuere la opinión que las personas de sesudo juicio de todos los países del mundo tengan de las óperas del insigne autor alemán, todas reconocen en él una elevación admirable que se traduce en los legendarios asuntos de sus poemas, escritos por él mismo, y en la riqueza é inspiración de la música que compuso para cada uno de ellas. Ricardo Wagner ha sido el más entusiasta sostenedor del *leit motiv*, del que hay ya señales evidentes en Mehul, en Beethoven, en Meyerbeer, el Marcelo de los *Hugonotes*, y sobre todo en Berlioz, á quien tanto se denigró en vida y que tan celebrado ha sido y aplaudido después de su muerte. El *leit motiv*, llamado también melodía motriz, consiste en una frase melódica que representa, por decirlo así, el personaje de un drama. «Modulada, transformada de mil maneras, dice un moderno historiador de la música, en su ritmo, en su instrumentación, en sus melodías, esta armonía cambia de expresión, de sentido, de color, según las peripecias de la acción, según las diversas pasiones y los diferentes sentimientos del héroe del cual es, en cierto concepto, la personificación musical, quedando siempre la misma, de manera que puede reconocerla bien quien tenga el oído algo educado.»

Ricardo Wagner no ha sido un innovador, como se ha querido suponer. Ha impreso, sí, en todos sus dramas musicales, que así los titula, el sello propio de una personalidad original y potente. Como él mismo lo dice, nada ha inventado, limitándose á continuar la obra de Gluck, el autor del delicioso poema *Orfeo*, y de Beethoven. Bajo la influencia italiana todavía escribió *Rienzi* (1842) y después con *El buque fantasma* (1843) cambió de rumbo, señalándose ya su estilo peculiar y la valentía de su inspiración. *Tannhäuser* (1845) lo escribió del todo según la idea que tenía del drama lírico, ó sea la de unir en lazo indisoluble la poesía y la música, como en mayor ó menor grado lo hicieron los griegos en las inmortales tragedias de sus poetas. En las leyendas francesas y alemanas de la Edad Media supo encontrar Wagner un manantial fecundo de inspiración poética. Comenzó, conforme hemos dicho, con *El buque fantasma* y *Tannhäuser*, á los que siguió *Lohengrin* (1850), que rebosa de melodía, en contra de lo que han pretendido sus sistemáticos detractores. En 1865 apareció *Tristan é Iseo*, un dúo de amor sacado de un poemita bretón del siglo XIII. Wagner descansó en 1868 del poema épico para componer *Los maestros cantores de Neurenberg*, ópera cómica llena de poesía y de gracia, al decir de los primeros críticos ingleses y franceses. En 1870 se representó en el teatro de Munich, bajo la protección del desdichado rey de Baviera, su entusiasta protector y fiel amigo, *La Walkiria*, que era una parte solamente de la gran tetralogía musical sacada del poema *Los Nibelungos*. En 1876, en Baireuth, en el teatro construido según los planos del maestro, y del cual hemos publicado algunas vistas, se verificaron las representaciones de las cuatro óperas que forman *El anillo de los Nibelungos*. En la primera *El oro del Rhin*, el Nibelungo arranca el anillo á las hijas del río, lo cual forma una especie de prólogo. En la segunda, *La Walkiria*, el oro del Rhin lleva la inquietud hasta los mismos dioses; en la tercera, *Sifrido*, el hombre, lucha victoriosamente contra las fuerzas sobrenaturales; y en la cuarta, *El crepúsculo de los Dioses*, desaparecen las viejas divinidades ante el poder nuevo. *Parsifal*, que se representó en 1882, pertenece al ciclo de *Lohengrin*, y es una obra impregnada de sentimiento místico que encierra páginas de admirable poesía. Muchos de nuestros lectores oirán el precioso trozo de *Parsifal* que ejecutó en el teatro Lírico la Sociedad Catalana de Conciertos y que movió á todos los oyentes á la admiración y al aplauso. De la belleza del poema podrán formar concepto, por la traducción que publicamos, á las que le seguirán otras de los dramas de Ricardo Wagner. El retrato que damos en la primera página de este número, se tiene por uno de los más parecidos entre los muchos que se han publicado del insigne maestro de Alemania.

Mala noticia

CUADRO POR G. MANTEGAZZA

El pintor milanés, G. Mantegazza, ha presentado en este animado cuadro una escena, que lo mismo pudo ocurrir en los tiempos en que dominaban en Italia los españoles, en el siglo XVI, como en cualquiera

población de los tiempos que corremos. Trátase de un duelo que acaba de realizarse y en el que ha salido herido uno de los contendientes. Así lo revela claramente el caballero que se descubre en el fondo con el brazo en cabestrillo sostenido por dos amigos, uno de los cuales lleva las dos espadas que sirvieron para el desafío. La mala nueva de haber sido herido, acaso gravemente, uno de los desafiados lo comunica á su esposa, que tal parece ser la dama desolada del primer término, un caballero que fué tal vez testigo del lance ó en él hubo de tomar parte principalísima. La desesperación se apodera de la dama al oír la triste nueva, y doloridos y turbados se encuentran, asimismo, por igual causa cuantos se hallan en la estancia. El anciano que con viva inquietud adelanta el cuerpo para mejor oír las palabras del mensajero, muestra en la expresión que es próximo deudo del caballero herido, acaso su padre ó el padre de su esposa. Tranquilamente jugaba al ajedrez cuando les sorprendió la infausta noticia. El artista, para dar mayor interés á su obra, ha puesto la acción en el siglo XVI, en Italia, porque los elegantes y ricos trajes de entonces y la fastuosa decoración de las casas aristocráticas le prestaban mayor campo, que los vestidos y las moradas de hoy, para hacer gala de efectos brillantes en el color y de galanura en la composición y en todas las líneas de la pintura. Esta elegancia y galanura las reúne, sin disputa, el cuadro de G. Mantegazza, uno de los más afamados pintores italianos de nuestra época, que reproducimos, y de cuyo asunto hemos dado sucinta idea en las anteriores líneas.

Mesa revuelta

Comunmente se cree que la luna tiene, en determinados meses, influencia en los fenómenos de los vegetales. Los jardineros dan el nombre de *luna rusa* á la que, empezando en Abril, llega á llena, ya sea al fin de este mes, ya, lo que es más frecuente, entrado el de Mayo. En su opinión, durante estos meses ejerce perniciosa influencia en los retoños de las plantas; algunos hay que aseguran haber observado durante la noche, cuando el cielo está despejado, que las hojas y las yemas expuestas á la luz de la luna enrojecen, es decir, se hielan, y esto, aunque el termómetro se mantenga algunos grados sobre cero; añadiendo, además, que si las nubes detienen los rayos de aquel astro, impidiendo, por lo tanto, que lleguen hasta las plantas: todos estos fenómenos no se verifican bajo unas condiciones de temperatura completamente parecidas. Estos fenómenos parecen indicar que la luz de nuestro satélite tiene cierta propiedad frigorífica, y sin embargo, cuando se han dirigido lentes de gran potencia y grandes reflectores hacia la luna, colocando luego en el foco termómetros de gran precisión, nada ha podido apreciarse que viniera á corroborar tan singular hipótesis.

Antes de Wells, nadie había imaginado que los cuerpos terrestres, excepción hecha en caso de rápida evaporación, pudieran alcanzar una temperatura distinta de la de la atmósfera que los rodea; hoy este hecho está demostrado. Si se colocan al aire libre pequeñas cantidades de algodón, plumón, etc., se observa que su temperatura es de 6, 7 y hasta de 8 grados centígrados más baja que la temperatura de la atmósfera que las envuelve; los vegetales se hallan en el mismo caso. No conviene, pues, juzgar del frío de una planta sólo por las indicaciones del termómetro suspendido en el aire; la planta puede estar completamente helada, y, á pesar de ello, el termómetro señalar constantemente varios grados sobre cero.

Las diferencias de temperatura entre los cuerpos sólidos y la atmósfera alcanzan 6, 7 y 8 grados en el termómetro centesimal, si la atmósfera está perfectamente despejada y serena; si está nublado, desaparece aquella diferencia ó llega á ser insensible.

¿Es preciso admitir la existencia de ciertas relaciones entre este fenómeno y las opiniones de los agricultores sobre la *luna rusa*?

Durante las noches de los meses de Abril y Mayo, la temperatura de la atmósfera no llega á más de 4, 5 ó 6 grados centígrados sobre cero. Pues bien, cuando esto

acontece, las plantas expuestas á la luz de la luna, ó sea bajo un cielo despejado, pueden, á pesar de las indicaciones del termómetro, helarse, y si, por el contrario, aquel astro no brilla en el horizonte; si el cielo está cubierto, la temperatura de las plantas no baja más que la de la atmósfera, y no habrá helada, á menos que el termómetro señale cero.

Es indudable, pues, como creen los jardineros, que en circunstancias termométricas muy parecidas, el que una planta pueda ó no estar helada depende de que la luna esté visible ó bien envuelta en las nubes; en lo único que se equivocan es en la conclusión que de tal hecho deducen, ó sea atribuyendo este efecto á la luz que nos viene de aquel astro. La luz lunar no es más que la señal de una atmósfera despejada, y la congelación de las plantas se opera á causa de la pureza del aire, sin que el satélite influya para nada absolutamente, pues tanto si éste se halla como no en el horizonte, el fenómeno se realiza del mismo modo. La observación de los jardineros era, pues, incompleta, y sin razón se la suponía falsa.

De una estadística sobre el número de viajeros transportados por los ferrocarriles, resulta que los ingleses son los que más viajan, pues el término medio anual de viajes por habitante en la Gran Bretaña es de 22, mientras que en Bélgica es de 10, Suiza 8, Francia, Alemania y Estados americanos 5, y en Rusia tan sólo corresponde un viaje cada dos años por habitante.

Para el transporte de tan gran número de viajeros, posee Inglaterra 15,552 locomotoras, Alemania 12,811, Francia 9,747, Rusia 9,591, Austria 4,610, Italia 2,286, Bélgica 2,332, los Estados Unidos 29,398 y la India 3,234. Existen, pues, en el globo cerca de 104,000 locomotoras, de las cuales 61,000 se hallan en Europa y 43,000 en los demás países. Además hay que tener en cuenta que tan sólo la mitad de dichas locomotoras sirve para el transporte de viajeros.

Según una reciente estadística dirigida por la Comisión Comercial, en los Estados Unidos, las locomotoras para trenes de carga (hay cerca de 15,000) arrastran 35,000 toneladas, y las de trenes de pasajeros 60,000 personas.

En Inglaterra cada habitante expende, por término medio, anualmente 7 toneladas de mercancías; en Alemania 3 y en Francia 2 y media.

—Hace usted mal en beber tanto, le decían á un borracho de profesión, porque á cada paso tropieza usted, y acabará por caer.

—En beber no hago mal, señor mío, contestó el aludido frunciendo el gesto: ¿sabe usted en qué hago mal? en andar cuando he bebido.

Para mortificar la vanidad de un hidalgo muy engreído con su título de *Don*, compuso un chusco la siguiente redondilla epigramática:

Vuestro *Don*, señor hidalgo,
es el *don* del *algo-dón*,
el cual, para tener *don*,
necesita tener *algo*.

Viendo un labrador inglés á lord T. Dextée montado á caballo y usando una sola espuela, le preguntó:

—¿Por qué no lleva su señoría dos espuelas?

—¿Qué necesidad hay de llevar dos? le replicó el lord. ¿No ves que si logro hacer andar el un costado del caballo, el otro costado no se ha de quedar atrás?

Para hacer desaparecer las manchas de las pecas, lávese por la noche la cara con agua fresca, y después de haberla enjugado, se frota ligeramente con un lienzo embebido de leche de almendras. Haciendo esto con frecuencia desaparecerán las manchas.

Para destruir las orugas, háganse hervir en una azumbre de agua dos libras de potasa, y cuando esta lejía quede reducida á la mitad, pásese por un lienzo y déjese en reposo por espacio de dos ó tres días. Al cabo de este tiempo se obtendrá claro el líquido, y se le añadirán seis onzas de aceite común agitándolo fuertemente hasta formar una especie de opiata blanquizca.

Para la aplicación de este método se calentará dicha mezcla, se mojará en ella un lienzo atado al extremo de una pértiga, y cuantas orugas se tocarán con él morirán al instante.

Los pueblos que tienen buenos gobernantes no sufren de hambre ni de frío. Y eso, no porque los monarcas alimenten y vistan á la nación, sino porque animan y protegen al cultivador por medio de buenas leyes.—TAHO-SOI (consejos á Venti-Ti, siglo II antes de Jesucristo).

Las buenas intenciones son numerosas, numerosas las inspiraciones generosas, en cambio hay poca resolución y aun menos perseverancia. Veo inteligencias cultivadas, voluntades rectas, pero pocos caracteres. Lo que acabo de decir se refiere á los hombres de bien.—OZANAM.

En el gran teatro del mundo, el apuntador es el amor propio.—***

Bueno es pensar en sí; pero odioso el no pensar más que en sí.—SAY.

Los hombres son tan simplones, que el que quiere engañar, siempre encuentra alguno que se deja.—MAQUIAVELO.

Difícil es hallar la verdad; pero más difícil todavía hacerla comprender y admitir.—SAY.

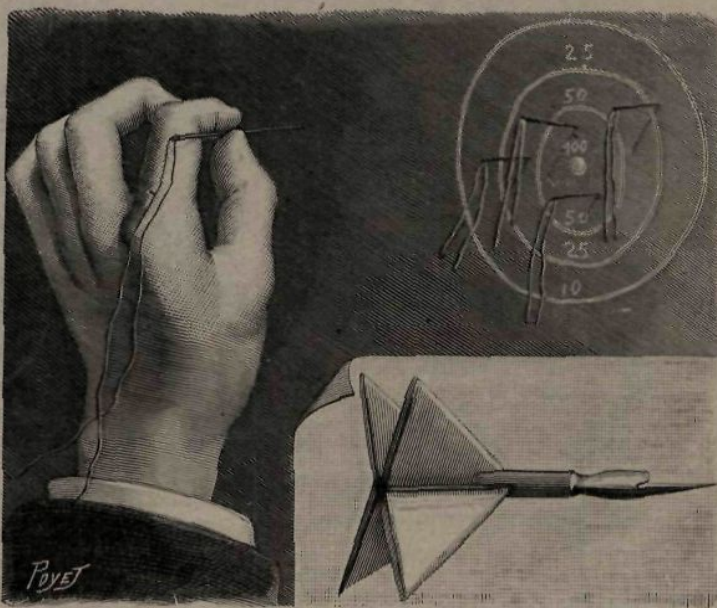
Recreos instructivos

EL BALLESTERO

Tirar al blanco valiéndose de agujas de las más finas de Birmingham, de esas que cosen por un lado la tela y por el otro extremo la fina epidermis de las niñas laboriosas que han perdido el dedal, parece cosa imposible ó cuando menos muy difícil, y sin embargo, nada tiene de particular ni es preciso ser mago para realizar tal prodigio.

Basta para conseguirlo enhebrar un hilo de seda á la aguja, de manera que le sirva de contrapeso y, en el momento de hacer partir el dardo improvisado, produce en la aguja el mismo efecto que las plumas que van adheridas á la contera de las flechas, y gracias á las cuales se vence la resistencia del aire como si tuviesen alas. Establecer un tiro al blanco sirviéndose de agujas no será costoso y con ello puede pasarse algún rato de la velada; lo que conviene es tener cuidado en que no se encuentre nadie dentro del radio del tiro, porque una diversión de genera pronto en peligrosa si, animándose gradualmente

los que á ella se entregan, acaban por olvidar toda prudencia, y de allí se originan disgustos inesperados.



En el dibujo figura, además, otra clase de flecha compuesta de una pluma de acero semidespuntada y cuatro aletas de papel á guisa de plumas; esta arma arrojadiza se emplea con un éxito deplorable en los colegios y no aconsejamos su uso; demasiado daño hacen las plumas mal dirigidas y no hace falta ninguna aumentar el arsenal de armas arrojadizas: sólo á título de curiosidad se consignan aquí estas dos aplicaciones del principio físico á que deben los salvajes su arma favorita, el arco y las flechas, y que es tan antigua como el hombre.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

TA-BA-CO

Solución al problema anterior:

1	3	5	7	9	25
3	5	7	9	1	25
5	7	9	1	3	25
7	9	1	3	5	25
9	1	3	5	7	25
25	25	25	25	25	25

CHARADA

Una dos tiene buen pico
y es ave del Ecuador;
dos una es historiador
de buena pluma y no rico.

Comunicada por J. P.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1	consonante
5 4	verbo diligente
1 2 4	parte de nuestro planeta
4 5 1 2	en el verso
1 2 4 5 2	nombre de mujer
1 2 3 4 5 6	capital muy importante
1 2 1 2 4	hacen los recién nacidos
4 2 4 2	cualidad
3 2 4	verbo difícil
1 5	nota musical
6	consonante distinguida

Comunicado por don JUAN OSTEIA, de Gijón.

ADVERTENCIA

A las señoritas firmantes de la carta que hemos recibido refiriéndose al telescopio, agradeceremos se sirvan indicarnos su domicilio para contestar á su carta particularmente por no sernos posible complacerlas en otra forma.



Para Resfriados, Tosas, Bronquitis, Mal de Garganta, Romadizo y Tisis Incluyente ningún remedio puede compararse al

Pectoral de Cereza Del Dr. Ayer,

El cual viene siendo desde hace mucho tiempo el expectorante anodino más popular y más eficaz en el campo de la Farmacia, y recibe por doquiera la recomendación de la Facultad Médica. Calma la membrana inflamada, desaloja las mucosidades irritantes, es un paliativo para la tos y descansa al enfermo. Como medicina casera para todo caso imprevisto, el Pectoral de Cereza del Dr. Ayer se lleva la palma

En Ambos Hemisferios,

Pues alivia y cura el garrotillo, la tos ferina, mal de garganta; y para todos las afecciones pulmonales a que están tan sujetos los jóvenes es inapreciable. Ninguna familia, para su seguridad, puede estar sin el Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.

Preparado por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E.U.A. Lo venden los Farmacéuticos y Traficantes de Medicinas.

Pronto en obrar y seguro en curar

BÉNÉDICTINE

De la Abadía
DE
FÉCAMP
—
LICOR
EXQUISITO el DIGESTIVO
SIN RIVAL

DEPOSITO: BURDEOS
108, cours du Jardin-Public

GRAN SURTIDO DE DEVOCIONARIOS Y LIBROS DE PIEDAD

Oficio divino, Guía del cristiano, Misal romano, Imitación de Jesucristo, etc., con grabados Bonitas encuadernaciones. Último retrato de Su Santidad el Papa León XIII. Precios muy reducidos.

Calle de Jaime I, 17, esquina calle Trompetas

CRISTÓBAL COLÓN

POR JOSÉ MARÍA ASENSIO

Edición monumental.—Se reparte por cuadernos á una peseta cada uno.

Gran sastrería de A. Medina

BARRA DE FERRO, 8, 3.º

— Constante surtido de géneros del país y extranjeros —

CASA DE ENTERA CONFIANZA

NOTA IMPORTANTE. — Con un pequeño aviso por correo se pasa á domicilio á tomar medida

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR

AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —

NUEVO DICCIONARIO DE QUÍMICA
POR EMILIO BOUANT

GRAN CERERIA



ESPECIALIDAD en cirios, hachas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección, al peso, forma y gusto de cada país, en ceras puras de abejas, para el CULTO CATOLICO, y con buenas mezclas de varias clases y precios.

BLANQUEO de ceras en gran escala, puras sin mezclas. — CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, parafina, estearina, etc., etc.

FÁBRICA DE BUJÍAS esteáricas y transparentes, blancas y en todas dimensiones. Casa fundada en 1858. Expendiciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40. SALVADÓ Y SALA Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

— DE —

— BARCELONA —

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.